

LAS CAJAS QUE ME QUEDAN POR ABRIR ANTES DE PARTIR

Atila Barros da Silva

Antes de cualquier caja

Antes de cualquier caja, ya había el peso. No el peso de los objetos. No el peso de los recuerdos. Un peso más antiguo, más sordo, de esos que uno carga sin saber de dónde vino. Como si al nacer hubieran colocado dentro de mí una piedra que solo ahora empiezo a reconocer. Antes de abrir la primera caja, yo ya sabía que estaban allí. En algún lugar. Esperando. Tal vez en el fondo del armario, tal vez en el fondo de mí.

Hoy, las cajas están todas en el suelo de la habitación que ya no es mía. La habitación de un apartamento que alquilé apresuradamente porque no sabía a dónde ir. La verdad es que estoy de paso, y las cajas lo saben. Ellas también están de paso. Solo que a diferencia de mí, no fingen que se van a quedar.

Las miro ahora. Son siete. Siete cajas de diferentes tamaños. Todas sin etiqueta, están en el rincón, intactas. Marcadas por el tiempo, por el manejo, por las pegatinas de transportistas que ya ni siquiera existen. Podría simplemente darme la vuelta. Podría salir de la habitación, cerrar la puerta, y dejar que otra persona, un yo del futuro, se encargue del asunto. Pero el futuro no existe. Al menos eso es lo que vengo repitiéndome en estos últimos días.

Así que voy a abrir. Voy a abrir una por una. Como si cada caja fuera una herida que yo mismo suturé y ahora necesito reabrir para ver si cicatrizó bien. Solo que no cicatrizó. Lo sé. Nunca cicatriza. Uno solo aprende a convivir.

Antes de empezar, pido disculpas. No sé a quién. ¿A los objetos? ¿A las personas que representan? ¿A mí mismo? Pido disculpas anticipadas por lo que voy a sentir, por lo que voy a recordar, por el llanto que vendrá y que no voy a contener. Pido disculpas porque sé que, al abrir estas cajas, no voy a encontrar solo cosas. Voy a encontrar versiones mías que quedaron en el camino como equipaje perdido. Voy a encontrar errores que insistí en llamar aprendizaje. Voy a encontrar la música de fondo que suena sola cuando la noche aprieta.

Pink Floyd. Iron Maiden. Jarabe de Palo. Todas las voces que un día me salvaron y que hoy solo testimonian el naufragio.

Pongo la mano sobre la primera caja. La más pequeña. La más cercana. Siento el cartón áspero, la cinta adhesiva que ya perdió el pegamento. Debajo de la tapa, una respiración suspendida. La mía. Abro. Y el tono de despedida comienza sin que yo dé la orden. Simplemente comienza. Como si las cajas, en el fondo, nunca hubieran guardado otra cosa que no fuera eso: despedida. Ahora sí. Ahora puedo empezar. Porque antes de cualquier caja, ya había el peso. Y el peso tiene nombre. Tiene olor. Tiene una música triste sonando bajo, esperando su turno para entrar.



Capítulo uno

Al tono de despedida, abro las cajas que me quedan en el suelo. Pieza por pieza, uno por uno, y me encuentro pensando en cómo, por estos viajes, en todo aquello que ya viví. Pongo los libros en la estantería, ordeno lo poco que me sobró de estos años que pasaron, lo que parece mucho para los otros, hace poco era casi nada para mí.

Todavía no entiendo el porqué del tono de despedida, pero a cada paso, el apartamento: una foto caída, un libro embebecido. Cada elemento me suena como una despedida. Recuerdo cada frase maldita, y maldita frase, que dije, cada vez que herí, cada vez que creí que fui herido, pero estaba hiriendo. Tal vez sea ese el tono de despedida: de cada caja que abro. Pienso, pero no lo creo. ¿Dónde estoy? ¿Todavía despierto? Todavía no porque vine, porque estoy aquí. Pero en verdad sí sé: por mis errores y por mi historia. Entonces las cajas tienen sentido. Tiene sentido sí, tono de despedida, como si estuviera enterrando cada pedazo, cada recuerdo, en el lugar abierto. Enterrar en vida, con vida. Hablar abierto, como si mostrara a mí mismo cuánto viví, cuánto vivía mal. Tal vez sea esa el dolor de la despedida. No lo sé.

Pero la música de una despedida, la música triste que suena al fondo, suena como algo de Pink Floyd, triste y, a veces, sobre... Sigo abriendo las cajas, sigo separando los elementos. No consigo dejar de llorar. La música de despedida, creo que es *The Division Bell*, de Pink Floyd. Sí, *The Division Bell*. No sé bien la letra, lo que dice, pero es un tono de despedida, así, de división. Sí, sonando una historia que necesita ser contada y, al mismo tiempo, nadie necesita leerla. Es el precio: lo que se escribe se pierde en internet. Nadie va a leerlo, solo otro texto de despedida.

¿Qué voy a hacer con una cruz que no me pertenece? Ella es parte de una familia que ya no es mía. La costumbre del mate, los pantalones de un viejo y amado padre que ya no es mío, las bombachas y alpargatas que un día me quedaban, como quien recibe un pedazo de la vida ajena sin saber qué hacer con él. Las boinas, la camiseta del Grêmio. ¿Qué hago con todo eso? ¿Qué hago con los recuerdos de las Navidades y de los viajes a Uruguay, el frío que entraba por los huesos y el mar helado del Sur? ¿Entierro todo en el fondo de una mochila y lo dejo allí, con la esperanza tonta, casi infantil, de que algún día todavía sirva para algo? Sí. Yo, yo, yo, ahora me cobro el precio de no haber sabido quién era. Idiota y tonto, lo tiré todo con las manos de un enfermo que no sabía que estaba enfermo. Es una pesadilla sin despertador, un sueño infinito como la música de Iron Maiden, *Infinite Dreams*. Y tengo miedo de caer en el sueño otra vez. Tengo miedo de dormir. Estoy con miedo. Mucho miedo.

Vitor Ramil. En una de las cajas, encontré un CD suyo, no es mío. Los recuerdos brotan al mirar el CD en el fondo de la caja, CDs que me recuerdan el sur del país y los viajes. Sigo abriendo las cajas. Ya no soy yo, ya no son objetos, ya no son libros, ya no son músicas: solo recuerdos. Sin distinción entre pasado y presente, ya que el futuro no existe. Cambio la música que está sonando en la radio, pero parece que vuelve a sonar la misma canción. Aunque suba el volumen, todo parece en silencio. Tal vez sea esa la música de la despedida: música sin sonido. Creo que sí, que es la música de la despedida: el vacío y el silencio.

LAS CAJAS QUE ME QUEDAN POR ABRIR ANTES DE PARTIR. DOI: 10.66029/OUXL4877



Capítulo dos

¿El silencio tiene color? Pregunto mientras cierro los ojos dentro de la habitación que ya no me pertenece. ¿El vacío tiene peso? Porque el mío aprieta el pecho como una mano que no suelta. La música sin sonido sigue sonando, esa que viene de adentro, no de la radio. Me levanto, camino hasta la ventana. Afuera, la calle sigue viva, pero todo me parece distante, como si viera mi propia vida desde un banco de plaza cualquiera. Los coches pasan, las personas caminan, un niño ríe en algún lugar, y yo aquí, parado, tratando de recordar el sabor de estar en el mundo sin tener que pedir disculpas por existir.

Vuelvo a las cajas. Todavía hay más. Una de ellas está rota en una esquina, y ni siquiera recordaba que existía. Abro despacio, como quien abre una carta que tenía miedo de leer. Dentro, un puñado de mapas sin uso, un bolígrafo sin tapa. Una servilleta de bar con un número de teléfono ya borrado. Un billete de autobús de 2024. Una piedra pequeña, de esas que se guardan sin motivo porque en el momento parece importante. Cosas así no preguntan antes de suceder. Simplemente se quedan esperando que algún día alguien las encuentre y les devuelva el sentido. Solo que yo ya no tengo sentido para dar, así como el mapa ya no tiene hacia dónde apuntar.

Cojo la piedra. Es lisa, gris, fría. ¿De dónde vino? Tal vez de una playa que nunca volveré a ver, tal vez del bolsillo de un pantalón que ya ni existe. Pongo la piedra en la palma de la mano y cierro los dedos. No se calienta. Solo está ahí, como yo. Entonces la devuelvo a la caja y la entierro de vuelta en el olvido.

Restos de una vida que un día fue entera. Parezco un arqueólogo de mí mismo, escavando capas y más capas de un sitio que nadie mandó preservar. Cada objeto es un hueso, cada hueso es una frase no dicha. Podría armar un esqueleto, quién sabe incluso darle un nombre, pero el nombre sería el mío, y ya no soporto oír mi propia voz diciendo "yo" como si todavía fuera verdad.

Me acuesto en el suelo, entre los objetos esparcidos. El piso es frío, y eso me recuerda Uruguay, Punta del Diablo. El mar helado, las manos doliendo de frío, y aquella risa suelta que ya no sé reproducir. ¿Quién era yo en esa foto que no saqué? Ya no lo sé. Cambié de piel tantas veces que ni recuerdo el color de la primera. Hubo una época en que sonreía sin pesar después. Hubo una época en que el mate se pasaba de mano en mano y no era un resto de termo frío sobre la mesa. Hubo una época en que la cruz colgada en la pared era solo un adorno, no el símbolo de todo lo que perdí por no saber cuidar.

El miedo sigue ahí, acostado a mi lado como un perro fiel. El miedo a dormir, el miedo a despertar y ser el mismo idiota de siempre. El sueño infinito de Iron Maiden todavía resuena, pero ahora más bajo, como si la batería se estuviera ahogando en agua estancada. Tal vez la música de la despedida no sea solo silencio. Tal vez sea también ese ruido ensordecedor de una vida que ya no cabe en ningún lugar. Empiezo a reír solo, pero no es alegría. Es esa risa que viene del fondo del pozo, cuando ya has desistido de pedir cuerda y solo quieres saber si el fondo es lo suficientemente duro para sentarse.

Miro la cruz que no me pertenece. Está sobre la mochila donde enterré los pantalones del viejo padre, las bombachas, las alpargatas. Me levanto y cojo la cruz. Pesa



menos que un recuerdo, pero más que un arrepentimiento. No sé qué hacer con ella. No puedo devolverla, porque ya no sé la dirección. No puedo tirarla, porque eso sería como tirar el respeto que aún me queda. Entonces sostengo la cruz por un largo minuto, siento el metal frío contra la palma de mi mano, y luego la vuelvo a poner sobre la mochila. La dejo ahí. Lo dejo todo ahí. Dejar es el único verbo que aún conjugo sin error.

La noche comenzó a caer mientras yo no me daba cuenta. Las sombras entran por la ventana y cubren las cajas, una a una, como si la oscuridad quisiera ahorrarme ver más. Pero yo veo. Lo veo todo. Veo la camiseta del Grêmio doblada torcida, veo la boina azul, veo el mate que no fue lavado y ahora tiene un moho manso en el fondo. Cada cosa grita un nombre que no quiero oír. Y en medio de todo ese silencio ruidoso, me pregunto: ¿quién va a juntar estos pedazos después de que me vaya? Nadie. La respuesta es siempre nadie.

Mañana, quién sabe, abra otra caja. O mañana las tire todas. O mañana simplemente desaparezca y me convierta solo en un nombre más que aparece en la barra de búsqueda de alguien que una vez intentó encontrarme. Alguien va a leerlo, solo otro texto de despedida. Pero este es el segundo. Y duele igual.

Duele igual que aquel primer texto, duele como la primera caja que abrí, duele como la primera vez que me di cuenta de que ya no era posible volver. Tal vez el dolor no aumente. Tal vez solo aprenda a repetirse, como una vieja canción que odias, pero no puedes apagar. Y mientras la música de despedida suena, ahora más hondo, ahora más cerca del hueso, yo sigo aquí, tirado en el suelo frío, con el peso de una cruz que no es mía y de un vacío que está aprendiendo a ser mi casa.



Capítulo tres

La caja de la rabia no tiene etiqueta. Pero yo sé cuál es.

Está en el rincón, la tercera empezando por la pared. Es la única atada con cuerda, como si alguien hubiera intentado impedir que se abriera sola durante la noche. La cuerda está floja, casi deshaciéndose. Tal vez la rabia la royó poco a poco, paciente, esperando el momento en que yo tuviera coraje o locura suficiente para enfrentarla.

Hasta ahora, evité esa caja. Pasé por encima de ella, puse libros encima, fingí que era solo una más entre las otras. Pero las otras ya fueron abiertas. La nostalgia, la culpa, el miedo, todas ya están esparcidas por el suelo de la habitación, todas ya me mostraron lo que tenían dentro. La rabia, no. La rabia se quedó ahí, callada, pero pulsando. Como una muela podrida que uno evita tocar con la lengua, pero siente el dolor latir a cada latido del corazón.

Ahora no hay manera. Las otras cajas me dejaron débil hasta el punto de no poder seguir fingiendo. Abro la tercera. La cuerda se rompe con un chasquido seco. La tapa resiste, como si el cartón estuviera pegado por dentro con una sustancia espesa, oscura. Fuerzo. La caja se abre.

Y el hedor que sube no es de moho. Es de odio. Odio guardado, óxido, sangre seca. Dentro, no hay objetos bonitos. No hay libros con dedicatorias cariñosas, no hay CDs de bandas que marcaron mi vida, no hay bombachas o cruces que no me pertenecen. Dentro, hay pedazos de papel arrugados. Cartas que escribí y nunca envié. Correos electrónicos que tecleé a las tres de la mañana y borré antes de hacer clic en enviar. Hay un bolígrafo reventado, la tinta negra derramada que manchó todo alrededor como una vena rota.

En el fondo de la caja, una fotografía. Está boca abajo. Yo sé lo que es. No necesito darle la vuelta. Sé por qué fui yo quien la puso allí, con rabia, después de haber dicho cosas que no debía. Después de haber echado en cara a quien amaba palabras que hirieron más que cualquier bofetada. Doy la vuelta a la foto. Es ella. Es ella. Son todos ellos. Los rostros borrados por la tinta negra del bolígrafo reventado, porque en un acceso de furia taché cada rostro con fuerza, como si borrar la imagen pudiera borrar el dolor que yo mismo causé.

Pero no lo borró. Solo esparció más rabia. La tinta negra corrió y manchó mis dedos. Miro mis manos ahora. Todavía están manchadas. Nunca se fue. Nunca se irá.

Recuerdo cada pelea. Cada puerta golpeada. Cada palabra que salió de mí como navaja, afilada, precisa, elegida a dedo para cortar en el lugar más profundo. Yo decía esas cosas y sentía un alivio inmediato, un placer enfermizo, como si arrancar un pedazo del otro me hiciera más grande. Y en el silencio que venía después, porque después de esas frases siempre venía el silencio, me veía solo otra vez, y la rabia se convertía en otra cosa. Se convertía en vergüenza. Se convertía en asco de mí mismo.



Pero la vergüenza no duraba. La rabia tenía el sueño ligero. Bastaba un día, a veces unas horas, y ya estaba despierta de nuevo, lista para otra ronda. Yo era un boxeador que luchaba contra sus propios sparrings, y todos salían sangrando.

En la caja, encuentro también una agenda vieja. Abro. Fechas marcadas, compromisos tachados con bolígrafo rojo. En algunas páginas, anotaciones que hice después de discusiones. Letra mayúscula, nerviosa: "Ella dijo que no aguanta más. Dijo que cambié. Mentí. No cambié. Siempre fui así. Ella que no lo vio. O no quiso ver". En otra página: "Ella se fue. Dijo que soy tóxico. Tóxico. La palabra que usan para quien no sabe ser feliz. Para quien no merece a nadie". Y entonces, en la esquina, una frase más pequeña, casi imperceptible, como si hubiera sido escrita con la mano temblando: "¿Será que ella tiene razón?"

Sí, la tenía. Y ella también. Todos la tenían. Pero escuchar eso en aquella época era como meter el dedo en la llaga. En lugar de disculparme, doblaba la apuesta. Echaba más veneno. ¿Quién necesitaba disculpas cuando se podía tener la razón? Yo quería tener la razón. Necesitaba tener la razón. Era la única cosa que me mantenía de pie, esa certeza ciega de que el problema era siempre el otro. Siempre el mundo. Nunca yo.

La caja de la rabia está llena de pruebas contra mí. No entiendo por qué guardé todo eso. ¿Masoquismo? Tal vez. O tal vez el deseo secreto de que algún día alguien abriera esta caja y leyera cada palabra, cada grito registrado en el papel, cada intento fallido de transferir a la escritura la violencia que no sabía controlar. Yo quería que leyeran. Quería que vieran al monstruo. Y después, quién sabe, ¿que me perdonaran? No. No merezco perdón. Nunca lo merecí.

La música de despedida cambió. Ahora es otra. Más pesada. Más lenta. Suena como un presagio. "One" de Metallica. La música del hombre que perdió todos los sentidos, preso dentro de su propio cuerpo. Yo también estoy preso. Preso dentro de esa rabia que no consigo extirpar. Ella es parte de mí como el brazo, como el pulmón. Si trato de cortarla, sangro hasta morir. Pero si la dejo quieta, me sofoca poco a poco.

¿A quién dañé? Le pregunto a la caja. La caja no responde. Pero los recuerdos responden por ella. Una avalancha de rostros, nombres, situaciones. La novia que me dio un ultimátum y yo respondí con una lista de defectos de ella, punto por punto, como quien hace una reseña de un producto defectuoso. El amigo que me tendió la mano después de un episodio feo y yo dije "no quiero tu lástima". La madre que me pidió calma y yo grité "nadie me entiende nunca". El hermano que dejó de visitarme porque todas las visitas terminaban en discusión. Y lo peor: las personas que amaba y que, después de tantas pedradas, simplemente se rindieron. No me bloquearon con rabia. Me bloquearon con tristeza. Con cansancio. Como quien apaga un aparato roto que ya no vale la pena arreglar.

Eso dolía más. Duele todavía. La rabia de los otros podía enfrentarla. Pero la indiferencia de ellos... la indiferencia era el silencio definitivo. Y fui yo mismo quien la pidió, con cada grito, cada portazo, cada noche en que preferí tener la razón a tener compañía.

Abrazo la caja de la rabia. El cartón está frío, húmedo. Parece que también está llorando. ¿O soy yo? Ya no lo sé. Las lágrimas corren por mi rostro y caen dentro de la



caja, mezclándose con la tinta negra del bolígrafo reventado, con las cartas nunca enviadas, con los pedazos de la camiseta rasgada de Iron Maiden. Lloro de rabia. Lloro de vergüenza. Lloro de nostalgia de las personas que alejé con mis propias manos, esas mismas manos que ahora tiemblan al sostener los restos de lo que un día fue amor.

— Perdónenme — susurro. Pero nadie escucha. La caja devuelve un eco vacío.

Vuelvo a poner la foto borrosa en el fondo. Cierro la tapa. Até la cuerda con lo que quedaba de ella, un nudo flojo, inútil, porque la rabia no se ata con una cuerda. La rabia se ata en los huesos, en los dientes, en la lengua que todavía guarda el sabor de las palabras de veneno. Puedo cerrar mil cajas. Puedo guardarlas en el fondo de mil armarios. La rabia va a seguir aquí, dentro de mí, esperando el mínimo descuido para explotar de nuevo.

Pero tal vez, solo tal vez, abrir esta caja haya sido el primer paso. No para curar. No para pedir perdón (nadie escucha ya). Sino para reconocer. Enfrentar. Decir en voz alta:

— Yo fui el agresor. Yo herí. Yo alejé. Y no hay caja en el mundo lo suficientemente grande para guardar esta verdad.

La noche ha caído definitivamente afuera. La habitación está oscura. La única luz viene del pasillo, un filete amarillo que entra por debajo de la puerta. Todas las cajas están abiertas ahora: la de la nostalgia, la de la culpa, la del miedo, la de la rabia. Forman un círculo a mi alrededor como testigos de un crimen que ya nadie quiere recordar.

El acusado soy yo. La víctima también fui yo. Pero las víctimas mayores están todas fuera de esta habitación, viviendo sus vidas, tal vez felices, tal vez solo más ligeras sin el peso de aguantarme. Deseo que estén bien. Es todo lo que puedo hacer ahora: desearle bien a quien dañé. No sirve de nada. Pero es el único gesto de amor que aún me queda.

Me levanto. Miro la caja de la rabia por última vez. Luego cojo un bolígrafo nuevo (no reventado) y un pedazo de papel. Escribo:

"Si algún día alguien abre esta caja: sepa que aquí dentro no hay odio al mundo. Hay odio a mí. Hay la furia de quien no supo ser persona. Si has encontrado esto, disculpa el mal olor. Es el olor de un hombre que prefirió la rabia al abrazo. Y se arrepintió. Tarde. Pero se arrepintió."

Doblo el papel. Lo pongo dentro de la caja, sobre la foto borrosa. Cierro la tapa. Esta vez, no la ato con la cuerda. La dejo suelta. Porque la rabia, si quiere salir, que salga. Ya no tengo fuerzas para contenerla. Solo espero que, al salir, no encuentre a nadie más en el camino. Solo a mí.



Capítulo cuatro

La culpa tiene olor. Me desperté en medio de la noche con el hedor a cosa vieja, a caja húmeda, a pasado que se echó a perder. Me levanté del suelo donde había dormido y miré alrededor. Los objetos seguían ahí, acusadores, mudos, cada uno apuntando un dedo invisible en mi dirección. La culpa tiene olor, sí, y tiene sabor. Lo siento en la boca ahora, amargo como hiel, persistente como el sabor a sangre después de morderse la lengua sin querer.

Abro otra caja. Esta estaba debajo de todas, la más antigua, la más polvorienta. No quería abrirla, pero la mano fue sola, traidora, obedeciendo a un comando que no partió de mí. Dentro, libros. Libros que me regalaron y nunca leí. Libros que tomé prestados y nunca devolví.

Pongo los libros en el suelo, uno al lado del otro, como quien organiza pruebas en un tribunal. El acusado soy yo. El juez soy yo. El carcelero también. No hay público, no hay jurado. Solo esta habitación fría, estas cajas abiertas, y el peso de haber sido siempre el que se fue, siempre el que dejó en el camino. ¿Cuántas veces prometí que iba a leer algo que alguien me recomendó? ¿Cuántas veces dije "no veo la hora" y luego dejé el libro cogiendo polvo en la estantería? ¿Cuántas dedicatorias ignoré, cuántos intentos de conexión a través de la página impresa desperdicié, porque en el momento parecía pequeño, insignificante, cosa que se resuelve después? El después nunca llegó. El después es ahora, y ahora duele.

Cojo una bombacha que estaba doblada sobre la mochila. La tela áspera, el olor a guardado, a recuerdo. Recuerdo de "él" usando esa misma bombacha en una visita donde ya fue mi casa. Él reía, pasaba el mate, me llamaba "mineiro", mientras la parrilla humeaba. Yo estaba allí, pero no estaba. Ya pensaba en irme, ya calculaba ruta de fuga, ya movía los pies debajo de la mesa como quien ensaya una salida. Nunca supe quedarme. Nunca aprendí a echar raíces. Soy una mala hierba que se arranca sola del suelo y luego se queja de que no tiene tierra. Qué hipócrita. Qué idiota.

La culpa no viene de lo que hice. Viene de lo que no hice. De las manos que no extendí, de las llamadas que no atendí, de los abrazos que esquivé con una excusa endeble. *Estoy cansado, después nos vemos, ahora no se puede*. Y la persona del otro lado, esperando, confiando, desgastándose poco a poco en mi desierto particular. ¿Cuántas dejé secar? ¿Cuántos amigos desaparecieron porque dejé de regar? ¿Cuántos silencios míos se convirtieron en heridas en los otros? No sé contar. Da pereza contar. Da miedo contar.

La música de despedida volvió. Esta vez es otra, pero es siempre la misma. *Wish You Were Here*. Cliché, lo sé. Pero cliché es cliché porque es verdad, y la verdad tiene esas cosas cursis. Quisiera que estuvieran aquí. Todos ellos. Todos los que alejé. Todos los que herí con mi frialdad cobarde, con mi manía de desaparecer sin dar explicación. Quisiera mirar a los ojos de cada uno y decir: *"Fue mi culpa. Toda. No huyas de esto, no lo eches a la depresión, no culpes al tiempo o al destino. Fui yo. Cada ausencia mía tuvo un autor, y el autor soy yo"*.

LAS CAJAS QUE ME QUEDAN POR ABRIR ANTES DE PARTIR. DOI: 10.66029/OUXL4877



Pero no puedo. La mayoría desapareció del todo. Bloquearon mi número, borraron mi nombre, siguieron su vida como si yo nunca hubiera existido. E hicieron bien. ¿Quién necesita un fantasma que aparece de vez en cuando solo para recordar que sigue muerto? Lo entiendo. Lo acepto. Pero entender y aceptar no anula la culpa. La culpa sigue ahí, acostada en mi pecho, ocupando espacio que debería ser de aire.

Vuelco la caja de libros. Dejo que se esparzan por el suelo. Cada volumen cae con un ruido sordo, el sonido del lomo golpeando el piso. Me arrodillo entre ellos. Hojeo uno de un amigo de república, alguien a quien llamaba hermano. Él me lo dio en un cumpleaños, escribió en la primera página: *"Para que sigamos discutiendo literatura como antes. No desaparezcas más, viejo"*. Desaparecí. No leí el libro. No lo discutí. Perdí al hermano. La culpa es mía. Solo mía.

El miedo. Siempre él. El miedo al compromiso, el miedo a la permanencia, el miedo a despertar un día y darse cuenta de que la vida había sido elegida por otra persona. Entonces elegía lo opuesto, siempre lo opuesto por principio. Si me invitaban a quedarme, me iba. Si me pedían calma, corría. Si me tendían la mano, guardaba la mía en el bolsillo, con la excusa de que hacía frío, pero era solo miedo. Miedo a sostener y no saber cómo soltar sin romper todo. Y al final, lo rompí todo igualmente.

Necesito un nombre para esta culpa. ¿Culpa de existir? ¿Culpa de ser difícil? ¿Culpa de haber venido al mundo con este defecto de fábrica que me hace retroceder cuando el amor aprieta? No lo sé. La culpa no se nombra. La culpa se siente, late, sangra. Y yo estoy sangrando aquí, en esta habitación, entre libros no leídos y dedicatorias no respondidas, entre bombachas de un padre que ya no me reconocería si me viera hoy.

Grito. Grito alto, solo, un alarido que sale del fondo del estómago. Nadie escucha. El grito se pierde en las paredes, se disuelve en la moqueta, desaparece igual que el resto. El grito era para ser un pedido de socorro, pero se convirtió solo en ruido. Un ruido vacío más.

Me acuesto de nuevo. Esta vez, sobre los libros esparcidos. Dejo que los lomos se acomoden bajo mi espalda, que las páginas amarillentas se peguen a mi piel. Tal vez, así, aprenda de una vez por todas que no soy víctima. Nunca lo fui. No soy el pobre desgraciado que sufre de soledad. Soy el culpable que la construyó, ladrillo por ladrillo, con cada promesa de lectura no cumplida, con cada libro devuelto sin ser abierto, con cada *"después te cuento lo que me pareció"* que nunca fue contado.

Mi culpa. Toda mía. No lo eches al mundo, no lo eches al pasado. Asúmelo. Dilo en voz alta. Yo asumo la responsabilidad por cada relación que dejé pudrir. Por cada persona que hizo las maletas porque yo ya había hecho las mías primero. Por cada lágrima que no vi porque volví la cara. Mi culpa. Mía. Solo mía.

La noche está oscura afuera. No hay estrellas. No hay luna. Solo la oscuridad completa, igual a la que hay dentro de mí desde hace años. Levanto la mano y sostengo la cruz que está sobre la mochila. Ahora parece más pesada. Ahora parece que fue hecha a medida para mi cuello. Una cruz de culpa, no de fe. Un símbolo del peso de haber vivido mal y solo darse cuenta cuando ya no hay arreglo.



No hay arreglo. Eso es lo peor. No hay vuelta atrás. Las personas que se fueron no volverán. El tiempo que perdí no regresa. Las palabras que no dije murieron junto con las oportunidades que enterré. Resta esta culpa desnuda, este choque de realidad, esta conciencia dolorosa de que el monstruo de la historia siempre fue el propio narrador, disfrazado de víctima, disfrazado de poeta triste.

Cierro los ojos. Tengo miedo de dormir. Tengo miedo de los sueños. Pero tengo más miedo todavía de despertar y tener que cargar esta culpa por un día más. Solo que voy a cargarla. Porque es mía. Porque la merezco. Porque no hay fuga que valga cuando lo que te persigue eres tú mismo.

Alguien va a leer. Solo otro texto de despedida. Y la culpa sigue.